

Big Brother te espía... y tú estás encantado

LA LUCHA CONTRA EL TERRORISMO HA DADO CARTA BLANCA A LOS SERVICIOS SECRETOS PARA VIOLAR NUESTRA PRIVACIDAD. EN MUCHAS OCASIONES NI TAN SIQUIERA DEBEN INDAGAR DEMASIADO, LES BASTA CON RASTREAR NUESTRO EXHIBICIONISMO EN LA RED.

Gabriel Allon es un espía de ficción, el protagonista de unas cuantas novelas escritas por el norteamericano Daniel Silva. Allon actúa con la eficacia, desfachatez y falta de piedad que caracteriza a los servicios de inteligencia para los que trabaja: los del Estado de Israel. Sus aventuras son maniqueas (los árabes son malísimos y los israelíes, buenísimos), pero, aún así, me gusta leerlas porque Silva es un narrador entretenido y porque, además, cuenta cosas muy sabrosas y muy verosímiles sobre el mundo del espionaje contemporáneo.

De la última entrega de las andanzas de Allon (*El golpe*, La Esfera de los Libros, 2016), quiero ahora subrayar unos comentarios sobre los peligros del exhibicionismo de la banalidad cotidiana en el ciberespacio. El marco de tales comentarios es una escena en la que el comando de agentes israelíes que dirige Allon debe averiguar todo lo posible sobre una empleada siria de un sospechoso banco austriaco llamada Jihan Nawaz. ¿Por dónde empezar? En público, Jihan Nawaz parece discreta, incluso desconfiada.

Allon y su equipo deciden empezar por lo más fácil. Así lo cuenta el narrador de la novela: "Aunque hoy cueste imaginarlo hubo un día en que los seres humanos no sentían la necesidad de compartir todos y cada uno de los instantes de su vida con centenares de millones y hasta con miles de millones de perfectos desconocidos. Si alguien se acercaba a un centro comercial a comprarse una prenda de ropa no colgaba todos los detalles de su proeza, minuto a minuto, en una red social; si alguien se ponía en ridículo durante una fiesta, no dejaba constancia fotográfica del lamentable episodio en un cuaderno digital que sobreviviría toda la eternidad. Pero ahora, en la era de las inhibiciones perdidas, parecía que ni un solo detalle de la vida resultaba lo bastante banal, lo bastante humillante, para no compartirse. En la época *online*, era más importante vivir en voz alta que vivir con dignidad".

Los agentes israelíes ponen, pues, manos a la obra y rastrean las huellas dejadas por Jihan Nawaz en Internet: Facebook, Twitter, Instagram, correo electrónico... ¡Y bingo! No



Por JAVIER VALENZUELA

Periodista y escritor. Después de trabajar 30 años en El País como corresponsal en Beirut, Rabat, París y Washington, y ser director adjunto de ese diario, fue el primer director de tintaLibre. Autor de ocho libros periodísticos, entre ellos *Usted puede ser tú* y *Crónicas quinquis*, *Tangerina* (Martínez Roca, 2015) es su novena obra publicada y su primera novela.

@cibermonfi

tardan en averiguar fragmentos de información personal que les pueden resultar muy útiles a la hora de abordar a la empleada siria del banco austriaco en cuyos secretos quieren penetrar. Cosas como su situación sentimental, sus libros, canciones y películas favoritas, sus gustos culinarios y vestimentarios... Ya tienen con qué trazar un plan.

Son estos grandes tiempos para los espías, los mejores, sin duda, de toda la historia de la humanidad. De un lado, la obsesión anti-terrorista les concede vía libre para husmear en todas partes; de otro, el exhibicionismo que caracteriza la vida digital les suministra materiales primarios sobre cientos de millones de personas de todo el planeta. Los espías se benefician hoy tanto de una amplia tolerancia política y social para sus actividades como de una fácilmente accesible base de datos en todo lo que la gente cuenta de sí misma en Internet.

Tener o no permiso explícito para hacer de diablo cojuelo ya es lo de menos. En 2013 se descubrió que la Agencia Nacional de Seguridad (NSA) de Estados Unidos interceptaba las comunicaciones telefónicas o en Internet de todo quisqui, dentro y fuera de su país. Lo hacía (cabe imaginar que lo sigue haciendo) sin ningún tipo de autorización parlamentaria o judicial, esa antigualla de los tiempos en que la ciudadanía era celosa de su libertad y privacidad. Washington, recuerden, apenas se inmutó por la revelación. Sin el mejor sonrojo, vino a reconocer que la vigilancia masiva e indiscriminada de la NSA se efectuaba a título "preventivo", para ver qué caía entre sus redes. Nunca se sabe: igual por ahí puede pillarse a un yihadista.

SNOWDEN, ÚNICO CULPABLE

A mí me parece un insulto que los servicios secretos norteamericanos nos consideren a todos sospechosos de terrorismo, así, de antemano, a título "preventivo", sin disponer del menor indicio razonable. Pero debo de ser un bicho raro, porque aquel escándalo no llegó muy lejos. Los gobiernos europeos terminaron tragándose el sapo y el único que pagó los platos rotos fue Edward Snowden, el funcionario con conciencia que había desvelado el atropello. Que yo sepa, Snowden aún sigue escondido en algún lugar de Rusia, el

único modo que encontró para evitar que le detuvieran sus compatriotas, se lo llevaran a casa y allí le condenaran a cadena perpetua.

Tampoco las opiniones públicas de los países democráticos se indignaron demasiado con las revelaciones de Snowden. Llevan varios lustros (desde los atentados del 11-S, como mínimo) sometidas a un permanente bombardeo político y mediático que les asegura que el terrorismo es la principal amenaza para sus vidas. ¿A quién le importa que el FBI, la CIA, la NSA o el servicio secreto local conozcan cuáles son sus más íntimas preferencias sexuales si lo hacen con el loable objetivo de evitar matanzas como las de Nueva York, Madrid o París?

La lucha contra el terrorismo se ha convertido, junto a la exaltación del beneficio empresarial privado, en el núcleo de la actual ideología derechista. Sirve para justificar la tortura si lo que se pretende es, como dice un reiterado argumento demagógico, evitar que una bomba mate a tu hijo al salir de la escuela. Y tanto da que la tortura sea, amén de inmoral y bárbara, de una escasa o nula utilidad, como subrayó el informe del mismísimo Senado estadounidense en diciembre de 2014. Si se practica, querido ciudadano, es por tu bien. Si detenemos a unos titiriteros es por tu bien, querido ciudadano. Si husmeamos tus conversaciones telefónicas, tu correo electrónico, tu WhatsApp y tus perfiles en redes sociales, es por tu bien. Si no eres un terrorista no tienes nada que temer. La violación de tu privacidad es el precio que gustosamente nos pagas por que garanticemos tu seguridad.

El consenso es tan granítico que pocos osan levantar el dedo para observar que, pese a medios tan descomunales, los servicios secretos occidentales tienen un serio problema de eficacia a la hora de prevenir atentados como el 11-S estadounidense, el 11-M español o las matanzas de París del pasado noviembre. Una vez producidas estas atrocidades, nadie puede criticar su despiste; sólo cabe demandar que se les concedan más recursos humanos y materiales, que se recorten aún más los derechos y las libertades de todos y que, si es menester, se emprenda una contundente acción bélica en algún país lejano y polvoriento. *The war on terror must go on.*

¿Podemos ya decir que estamos gobernados por Big Brother? Como ustedes saben, George Orwell imaginó en su novela *1984* una sociedad en la que un anónimo y omnipresente líder conocido como Big Brother, el Gran Hermano, vigilaba en todo momento a todo el mundo, en aras, por supuesto, de su bienestar y su seguridad. En esa sociedad, el miedo era el cemento que aborregaba a la gente y el pensamiento individual constituía una traición al interés colectivo.

Me temo que Orwell, que publicó esa ficción distópica en 1949, apenas se equivocó en un par de detalles. La primera, la fecha en la que triunfaría ese modelo; la segunda, el aire estalinista o hitleriano del mismo. Big

correos electrónicos y actividades en redes sociales. A cualquier Gabriel Allon le bastan unos cuantos clics para saber sobre ti lo que quizá no conozca la persona con la que duermes a diario.

EL FBI DEMANDA A APPLE

Lo último es la demanda presentada por el FBI a Apple para que cree un *software* que le permita desbloquear el iPhone del autor de la matanza yihadista del pasado diciembre en San Bernardino. Tim Cook, presidente de Apple, se sigue oponiendo a esa demanda en el momento en que escribo estas líneas. ¿Pero cuánto durará su resistencia? Quizá no mucho: el FBI puede torcerle la voluntad con fa-

Obama, no nos engañemos, ha dejado que los espías invadan la intimidad y recorten libertades

protectores: los tipos del FBI que se hicieron con el iPhone del yihadista lo manipularon con tal torpeza que hicieron imposible recuperar los datos que contenía.

La invasión de la intimidad y el recorte de libertades y derechos comenzaron en Estados Unidos con la llamada *Patriot Act*, la respuesta de Bush a los atentados del 11-S junto con un par de guerras en Oriente Medio. Desde entonces, denuncia Apple, el Gobierno de Washington libra un ataque “escalofriante” contra la privacidad. Obama, no nos engañemos, ha dejado hacer a lo largo de sus casi ocho años en la Casa Blanca. Cabe imaginarle asustadísimo ante la posibilidad de que se produjera un atentado terrorista y sus muchos

enemigos le acusaran de haberlo facilitado por no darle plenos poderes al FBI, la CIA y la NSA.

Orwell imaginó en *1984* una Policía del Pensamiento. A falta de inventar una máquina que penetre en nuestros cerebros y envíe sus datos a policías y espías, estos ya cuentan con el exhibicionismo en Internet. De esta guisa lo cuenta el narrador de *El golpe*: “En un tiempo ya remoto, los espías debían abrir cartas y rebuscar en cajones para conocer los secretos más profundos de potenciales objetivos o posibles colaboradores. Ahora les bastaba con teclear cuatro cosas y los secretos llegaban a ellos a montones: nombres de amigos y enemigos, amores perdidos y viejas heridas, pasiones y deseos secretos. En manos de un operativo experimentado, aquellos detalles eran un verdadero mapa del corazón humano”.

¿Es consciente la ciudadanía de que el material recolectado “preventivamente” sobre todos y cada uno de nosotros –ese “mapa del corazón humano” al que alude el narrador de *El golpe*– puede ser usado en nuestra contra cuando le convenga al diablo cojuelo? Para conseguir nuestra colaboración en alguna operación turbia, como hace Gabriel Allon con Jihan Nawaz en esa novela. Para negarnos un puesto de trabajo, un documento o un préstamo. Para terminar con nuestra militancia ciudadana si esta emprende un rumbo “antisistema”. Para hacernos chantaje, en definitiva.

Es uno de los aspectos contemporáneos de la esclavitud consentida. ♦



Brother está llegando con el siglo XXI y su ropaje no es el de un totalitarismo con botas de cuero y correajes, sino el del pensamiento único neoliberal. Que la gente se vista como quiera, que la gente se divierta a su manera, que la gente compre a manos llenas, que la gente se crea libre porque cuelga fotos en Internet... Lo importante es que no piense, que nos deje a nosotros hacerlo en su lugar.

Big Brother ya nos espía a todos. Desde las ubicuas cámaras de seguridad. Desde las huellas que dejan nuestras operaciones con tarjeta de crédito. Desde los registros de nuestras conversaciones telefónicas y actividades en Internet. Desde los contenidos de nuestros

corredores, difundiendo la infamia de que esta oposición es, ni más ni menos, que “una forma de dificultar la lucha contra el terrorismo”. El desafortunado Donald Trump ya anticipaba en febrero ese argumento.

La exigencia del FBI tiene bemoles: se trata de que Apple cambie su sistema operativo para que los policías y los espías puedan extraer datos de los usuarios de sus productos sin necesidad de pedir permiso a nadie. Dicho de otra manera, que cree una puerta trasera que permita a las autoridades entrar con toda comodidad en tu teléfono, tu tableta o tu ordenador portátil. Y, atención, tal pretensión es consecuencia de un nuevo fallo de nuestros

Un grupo de europarlamentarios reclama una mayor protección para Edward Snowden. /GRE-ENSEFA (CC-BY FLICKR)